

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

Señorita Angela Lózano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EDITOR PROPIETARIO, N. CIL.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO V. }

MÉXICO, FEBRERO 15 DE 1875.

{ NUM. 78.

La actividad del espíritu prolonga la vida.

(POR VÍCTOR CHAMPIER.)

(Continúa.)

Si como hemos dicho, la actividad del espíritu prolonga la existencia, no es porque sea preciso ejercerla de tal ó cual modo, sino porque debe ejercerse continuamente. La infinita variedad de los pensadores, con respecto al trabajo, lo prueba suficientemente. Pablo Manuce, sábio del siglo XVI, componía en cualquier parte, pero dejando entre las líneas espacios muy anchos que llenaba despues si encontraba palabras mejores que las escritas. Montaigne se encerraba en una vieja torre para « digerir libremente y á su antojo sus pensamientos. » Rousseau, herborizaba; *rellenándose de yerbas la cabeza*, como él decía, era como meditaba mas profundamente. Montesquieu echaba los cimientos del *Espíritu de las leyes*, en el fondo de una silla de posta. Milton componía por la noche ó bien sentado en un gran sillón y con la cabeza echada hácia atrás. Bossuet se encerraba en una habitacion fria y se abrigaba mucho la cabeza. Schiller gustaba de meter los piés en el

hielo. Napoleon tambien tenia su modo especial de meditacion y trabajo. « Cuando no habia consejo, dice Bourienne, se quedaba en su gabinete, charlabaconmigo, cantaba y se ocupaba segun costumbre, en recortar el brazo de su sillón; parecia á veces un niño grande; luego, levantándose repentinamente, indicaba el plano de algun monumento que debía erigirse ó dictaba alguna de aquellas inmensas cosas que admiraban ó asustaban al mundo. »

Muchos hombres ilustres que han llegado á edad muy avanzada, fueron como Luis Cornaro y Fontenelle, de muy endeble constitucion; uno de los mas notables efectos del pensamiento es la de fortalecer en vez de aniquilar la organizacion. Aunque los resortes de la vida no estén bien templados, tarde se rompen si se arreglan sábiamente sus movimientos. Aun podiamos citar una multitud de sábios como ejemplos palpables de esta verdad. Newton es uno de los mas ilustres. A pesar de su débil salud, sus laboriosas meditaciones ó inmensos trabajos, ó acaso á consecuencia de sus estudios continuos, vivió hasta los 80 años. Sin embargo, la fuerza de su espíritu era tal, tal era la elevacion de sus ideas y la profunda abstraccion de su alma, que se la hubiera creído separada de su cuerpo. Sucedia con frecuencia que al levantarse por la mañana, se sentaba repentinamen-

te sobre el lecho, como sobrecogido por una idea repentina y permanecía ahí horas enteras, absorto enteramente en el pensamiento que le ocupaba. Sabia, con todo, trabajar prudentemente y usar de sus fuerzas. Durante sus estudios de óptica, no se mantuvo mas que de pan mojado en vino. Se preocupaba mucho con los cambios de temperatura. Nombrado miembro del Parlamento solo habló dos veces: la una en un asunto de poca importancia, y la otra para decir que habia un vidrio roto, lo cual enfriaba mucho la atmósfera. En una palabra, conocia la cantidad de sus fuerzas y queria economizarlas.

[Continuará.]

PRESUNCION Y MODESTIA.

Carolina era hija de un honrado artesano, y ya desde sus primeros años habia anunciado una viva inteligencia y una sensibilidad profunda. Una sonrisa de Carolina consolaba á su madre de todas sus penas y reanimaba el valor abatido de su padre. Fué una época funesta en la que nació esta niña. En la guerra y en el patíbulo se vertía la sangre mas pura de la Francia: los cadalsos al fin habian

caído; pero la guerra continuaba mas sangrienta y encarnizada que nunca.

El Consulado comenzaba y Napoleon pidió al instante su juventud á la Francia: mientras que los padres estrechaban á sus hijos con dolorosos abrazos, ellos se lanzaban contentos por ir contra el enemigo y llenos de ambiciosas esperanzas. La muerte hacia tanta brecha en sus filas, que cada dia eran precisas nuevas levadas, y llegó el momento en que ni el título de padre y esposo podian exceptuar á nadie del comun destino: en este dia la Francia entera lanzó un hondo gemido de dolor.

El padre de Carolina, bañando con sus lágrimas el rostro de su hija, la entregó con amarga sonrisa á los cuidados de una esposa querida. «Adios, adios para siempre» exclamó al partir, y esta despedida le costó la vida á su esposa, porque á pocos meses Carolina ya no tenia madre.

Lo que habia sido de su padre desde entónces, Carolina lo ignoraba. En los primeros dias, algunos amigos de la familia se habian encargado de ella, hasta que cierto dia, ya muchos años ántes de entónces, un coche habia parado delante de la casa de sus nuevos padres, una señora se habia presentado, les habia dicho algunas palabras y se la habia traído á la escuela real de San Dionisio, donde se hallaba en la actualidad.

Fué una noble inspiracion la que tuvo Napoleon al fundar la real escuela de San Dionisio. Era natural que todos los antiguos guerreros del imperio fuesen con mas valor al combate, cuando sabian en manos de quién dejaban sus hijas. Daban su sangre á la patria; pero ésta en desquite se encargaba de mantener é instruir á sus hijas. Ciertamente que si la igualdad debia reinar en alguna parte, era entre aquellas niñas que todas recibian la misma educacion, pudiendo todas considerarse como huérfanas, porque la muerte les arrebatava cada dia, á la una un padre, á la otra un hermano adorado. Mas ¡ah! las distinciones sociales habian sabido introducirse hasta en aquel noble asilo, y la hija del general acogia con desdénosa sonrisa ó mirada de proteccion á la hija del coronel, mientras que ésta apenas se dignaba hablar á la hija del oficial. Así en las horas de recreacion se formaban grupos entre las señoritas de un mismo rango, y allí trataban hasta de combates y conquistas, porque el furor bélico habia tambien invadido aquella tranquila morada: otras veces hablaban de su fortuna, de su familia y del brillante porvenir que les esperaba en el mundo.

Entretanto Carolina se paseaba sola en los jardines de la casa, porque estaba sola, sin familia, sin rango que esperar. Buseaba en el estudio una distraccion á sus penas, y gracias á un trabajo obstinado, conquistó entre sus compañeras un puesto que no debia, ni á la casualidad del nacimiento, ni á alguna causa accidental. Numerosos premios la recompensaban cada año de su celo. La directora del colegio la queria como á hija propia, sintiendo interiormente la fatalidad que parecia perseguir á un sér tan débil, y que merecia tanto ser feliz.

Un dia se formaron grupos mas numerosos y mas animados: las conversaciones eran mas vivas, y todos los semblantes manifestaban la alegría. Una reflexion penosa venia de cuando en cuando á entristecer á algunas de aquellas jóvenes; pero era un relámpago que desaparecia pronto, seguido de locas exclamaciones y gritos de alegría. Las pensionistas estaban entreteniéndose con los sucesos del dia, cuando una de ellas llegó muy sofocada.

—¿No sabeis la noticia? exclamó desde lejos, así que la pudieron oír. Un general está en el locutorio; ¡un general nombrado en el campo de batalla! Yo no he podido saber su nombre; pero viene enviado por el emperador á traer á Francia las banderas cogidas á los rusos, y ha pasado á ver á una de nosotras. ¡Oh! ¡cómo todos los corazones palpitaron en aquel momento! Todas esperaban que seria un pariente ó un amigo, y se acercaron con ansiedad hácia la puerta, para estar prontas en cuanto oyesen pronunciar su nombre. Una sola se retiró muy triste, y esta era Carolina. Tomó un libro para disipar la melancolia que le asaltaba; mas en vano

procuraba concentrar su atencion en la página que tenia abierta, porque su espíritu estaba lejos de allí. Creia ver á su desdichado padre, y oír de su boca aquella triste despedida. Verdad es, decia, aquella despedida debia ser eterna: y esta idea casi la desesperaba.

En esto sintió pasos precipitados, y escuchó..... es á su habitacion adonde se dirigen.

—Niña, preguntan por vos en el locutorio.

—¡Por mí!..... Se levanta pálida y trémula, pero con la esperanza en el fondo del corazón, vuela al locutorio, pero la directora de la casa le sale al encuentro, y la dice profundamente conmovida: hija mía, si vuestro padre á quien creéis perdido, no lo estuviese..... si viviera..... si se hallase ahora en.....

—¡Mi padre! ¡mi padre! ¡oh! por favor, señora, no me engañeis, yo me moriria. ¿Adónde esta mi padre? yo quiero verle, abrazarle..... al decir estas palabras, se le presenta un hombre con un brillante uniforme de general, cubierto de cruces y de placas. Carolina retrocede por un movimiento involuntario, no atreviéndose á creer tanta felicidad.

Este solo instante hizo olvidar á la hija del soldado quince años de dolores y de lágrimas.

La Providencia parece que quiso premiar la humildad de Carolina, y la resignacion con que habia sufrido el arrogante desden de sus compañeras, cuya soberbia y necio orgullo, fueron suficientemente mortificados con tan imprevisto suceso.

LA INFANCIA DE LOS HOMBRES CELEBRES.

VICENCIO VIVIANI.

En el año de 1633 recorria la pintoresca campiña de los alrededores de Florencia, un niño como de doce años de edad, que era muy bien recibido en todas las casas de campo, y aun en las humildes cabañas en que se detenia. Los niños palmoteaban al verle, las madres abandonaban sus quehaceres para salir á recibirle, y hasta los labradores descansaban de sus fatigas, contemplando las maravillas de la misteriosa caja que el niño llevaba sobre las espaldas.

Esta misteriosa caja era pura y simplemente una linterna mágica. El niño, llamado Vicencio Viviani, la habia comprado en Florencia con los ahorros que sus padres le habian podido proporcionar, y enterado bien del mecanismo de aquella máquina óptica, que por lo difundida que se encuentra á nadie sorprende en el dia, halló entónces en ella un poderoso recurso de subsistencia. Como que no se necesita mucho aparato para que la linterna produzca su efecto, al instante improvisaba Viviani su teatro, aunque fuese en una miserable choza, embargando la atencion de los campesinos con los portentos que les manifestaba.

Ya eran el sol y la luna y los astros que giran en el espacio.

Ya eran los retratos de famosos personajes y de ilustres heroínas.

Ya era una procesion con toda su pompa religiosa.

Ya eran grotescas y risueñas caricaturas.

Ya era, en fin, una revista militar con desfile de infantería, caballería y artillería.

Tan maravilloso espectáculo proporcionaba á Vicente no solo los aplausos de la muchedumbre, sino alojamiento, cena y provision de víveres para la caminata del dia. Además, en algunas casas de campo y habitaciones de particulares acomodados, solian añadir algunas monedillas, y esto avivó la codicia del muchacho que quiso probar fortuna en las ciudades, pareciéndole que allí serian mas abundantes los productos de su linterna.

Pero se engañó en sus cálculos, porque era preciso un espectáculo mas nuevo y mas sorprendente para provocar la curiosidad de los habitantes de la ciudad, que por lo regular pasaban de largo sin parar la atencion ni en el niño, ni en su linterna; cosa que le hacia recordar la buena acogida que habia tenido entre los sencillos labradores.

Para colmo de su infortunio, una noche en que se hallaba atormentado por el hambre y por el frio y abrigado en el hueco de una puerta cochera de un

soberbio palacio de Florencia, el aire que soplabá con violencia, apagó de improviso la lámpara de la linterna mágica, dejando á oscuras al maquinista y algunos curiosos que empezaban á acudir.

Lamentábase el niño, sollozando, de su mala ventura, cuando acertó á pasar un anciano que conluido de la situacion del niño, quiso trabar conversacion con él.

—¿Qué es lo que estás enseñando ahí? le dijo.

—Es una linterna mágica, solo que ahora se me ha apagado la luz y... ..

—Nada importa: yo te recompensaré bien, si sabes explicarme lo que es una linterna mágica.

Admiróse el niño de la pregunta; mas sin turbarse empezó su relacion, explicando el ingenioso mecanismo por medio del cual se reproducian en el lienzo ó en una blanca pared, aquellas imágenes transparentes, producidas por los vidrios que las aumentaban. Esta explicacion la hizo con tanta sencillez como inteligencia, así es que el anciano, que le habia escuchado con la mayor atencion, le dijo en cuanto concluyó de hablar.

—Ahora recoge la linterna y todos los trevejos y vente conmigo á casa: yo te enseñaré, pues tienes disposicion para ello, las matemáticas, la física y la astronomía: yo te enseñaré á sorprender esos grandes secretos de la naturaleza y de la ciencia que tan perfectamente sabes explicar.

Desde aquel momento Viviani, bajo la direccion de su maestro, hizo asombrosos progresos en las referidas ciencias, excitando la admiracion del mundo sábio. El fué el único geómetra capaz de continuar y recomponer los libros de Aristéo, y los de secciones cónicas de Apolonio Perseo, que estaban perdidos.

Solo estuvo tres años Viviani bajo la direccion de su anciano protector, al que al cabo de este tiempo tuvo la desgracia de perder; pero su grato recuerdo nunca se apartó de su memoria. Cuando Viviani, favorecido por la fortuna y altamente protegido por Luis XIV de Francia, llegó á construir para su habitacion una suntuosa casa en aquella misma Florencia por cuyas calles tan menesteroso anduviera en otro tiempo, el mas elegante gabinetillo de esta casa fué consagrado como un templo á la memoria de su venerable protector. Allí estaba un busto de mármol colocado sobre su pedestal, en el que se leia en letras doradas el nombre de GALILEO.

CRUZADA DE LOS NIÑOS.

Los niños hasta en sus juegos revelan la marcada aficion que tienen á las ocupaciones y á las fatigas militares. Se complacen en jugar á los soldados, en remedar las marchas y evoluciones de la tropa, en figurar dos ejércitos que se batan, en distribuir entre sí los grados y empleos de la milicia, reservando cada uno para sí el grado de general. Estas inclinaciones de los niños, que para muchos de ellos se han de convertir en la ocupacion constante de toda su vida, revelan bien su amor á la gloria, y que son capaces, aun en su temprana edad, de aquellas grandes empresas que han immortalizado á los hombres.

Muchos ejemplos pudieran citarse, como el de Felipe el Atrevido, duque de Borgoña, que apenas salido de los años de la infancia, fué herido combatiendo al lado de su padre en la batalla de Poitiers. Turenna, siendo muy jovenito, pasó toda la noche recostado en la cureña de un cañon sobre la muralla de Sedan para desmentir á los que, atendida su constitucion delicada, decian que nunca seria apto para las fatigas de la guerra.

Mas el ejemplo mas grandioso, el sin igual en la historia, el que mas prueba ese espíritu bélico de los primeros años, es el que vamos á referir sin género ninguno de elocucion, ántes como prueba de autenticidad, traduciéndolo textualmente de una antigua noticia.

En el año de 1212, durante aquel heróico período de la edad média, en que la Europa entera se precipitó sobre el Asia, ocurrió en Francia un suceso sin igual en aquellos tiempos tan fecundos en maravillas. Las predicaciones de los sacerdotes y las relaciones de los cruzados que volvian de Ultra-

mar, habian entusiasmado los ánimos hasta tal punto, que aun los niños, sin acordarse de su debilidad, resolvieron, por un movimiento espontáneo, alistarse ellos tambien como soldados de la cruz.

Cierto muchacho, recorriendo las ciudades y castillos del reino, como si hubiese sido enviado por Dios, cantaba un himno que empezaba así:

¡Oh! señor Jesus,
Vuélvenos tu Santa Cruz.

Cuando los otros muchachos de su edad le veian y escuchaban, le seguian en tropel, de modo que el jefe predicador y guerrero, concluyó por hallarse á la cabeza de una innumerable procesion. Caminaba en un carro muy bien adornado y rodeado de una guardia de niños. El sitio de la reunion era una llanura cerca de Paris, adonde llegaron en poco tiempo muchos miles de aquellos peregrinos, cuya edad á lo mas era de doce años. Formaban en las villas y lugares bandadas en que estaban confundidas las condiciones, sexos y edades; pero cuando se les preguntaba lo que intentaban, respondian unánimes con tono resuelto y cabeza erguida:

—Queremos ir á Jerusalem para librar el sepulcro del Señor.

En vano sus padres y nodrizas procuraban retenerlos con lágrimas, reconvenciones y castigos; cada vez tenian mas entusiasmo por incorporarse á las cruces y banderas enarboladas por tan singular milicia. Los encerraban (dice un cronista) y quebrantaban las puertas, saltaban por las ventanas, ó rompian las paredes de su prision. Blandiendo sus mezquinas armas, cantando en coro como su general:

¡Oh! señor Jesus,
Vuélvenos tu Santa Cruz.

Se ponian en camino sin guía, sin provisiones y sin dinero!..... ¿Jesus no habia bendecido á los niños prometiéndoles su reino? Su ángel de la guarda debia conducirlos: Dios debia proveer á todas sus necesidades y allanar delante de ellos todos los obstáculos.

A lo primero, los jóvenes cruzados marcharon alegres y triunfantes; á su tránsito, en todas partes salian los habitantes á recibirlos en nombre de Dios, como á huérfanos que eran. No se les consideraba mas que como inocentes y piadosas criaturas inspiradas por el cielo, y les proporcionaban con solicitud dinero y víveres. Hasta hubo hombres y mujeres que abandonaron sus casas y sus campos para acompañarlos, creyendo seguir el verdadero camino de la salvacion. Sin embargo, en camino tan prolongado, los jóvenes entusiastas tuvieron mas de una ocasion de arrepentirse. Ladrones y hombres perversos se mezclaban entre ellos, y desaparecian despues de haberlos engañado y despojado. La fatiga del camino y el calor acabaron con muchos: otros fueron pillados en los caminos y en los bosques y despues vendidos como esclavos. Aunque tristemente diezmada, esta milicia infantil tomó su ruta por la Borgoña, cruzó la Provenza y llegó á la ciudad de Marsella, punto de la partida. Aun componian de quince á veinte mil niños, sostenidos por la fé y la esperanza. ¡Fé bien viva! porque parece imposible creer que aquellos infelices se hubiesen dejado persuadir por algunos visionarios, de que Dios secaria en favor suyo los abismos del mar, y que podrian pasar á Jerusalem como los israelitas á la Tierra prometida, y que podrian llegar hasta las costas de Siria, siguiendo el lecho del Mediterráneo.

Por el camino sufrían repetidos engaños, y cuando distinguian á lo lejos las torres de una gran ciudad, ó las aguas de un rio, preguntaban:

—¿Es aquella Jerusalem?—¿Es aquel el mar? y les respondian:

—Todavía no. Seguid caminando: lo que ellos hacian sin chistar.

Mas cuando se encontraron con que no se verificaba el gran milagro prometido, el mas profundo desaliento se apoderó de la mayor parte de ellos. Pensando en las comodidades de la casa paterna, en las caricias y lágrimas de una tierna madre, emprendieron cada uno por su lado la vuelta á su país, descalzos y con los vestidos hechos pedazos. Su-

friendo todas las amarguras del arrepentimiento y del hambre, pedian limosna y lloraban; pero los habitantes del campo y las ciudades los rechazaban y se burlaban de ellos, y segun la expresion del cronista, se cumplieron entónces las palabras del profeta: « Los niños pidieron pan y nadie habia para partírselos.»

Los caminos se llenaron de los cadáveres de aquellos infelices: muchos se perdieron y desaparecieron sin que se pudiese averiguar qué habia sido de ellos. ¡Muy pocos tuvieron la dicha de abrazar otra vez á sus padres!

Los que se quedaron en Marsella, persistiendo en su delirante exaltacion, tuvieron una suerte no ménos desgraciada: dos negociantes de la ciudad, Hugo Ferré y Guillermo Pore, tuvieron el infame pensamiento de encontrar en esta circunstancia una especulacion lucrativa. Ofrecieron á los pequeños peregrinos trasportarlos gratuitamente al Oriente, diciendo que querian contribuir á su buena obra. La proposicion fué aceptada con alegría, y siete navíos cargados de muchachos se hicieron á la vela para la Siria. Al cabo de dos dias de navegacion se movió una tempestad, y dos embarcaciones se fueron á pique con todos sus pasajeros en frente de la isla de San Pedro: las otras cinco llegaron á Alejandría y á los puertos vecinos, donde Hugo y Guillermo vendieron como esclavos á los sarracenos todos los infelices que habian engañado.

Muchos, dicen los cronistas, lograron la palma del martirio, despues de haber dado á los infieles el edificante espectáculo del valor que la religion cristiana puede inspirar, así á la edad mas temprana como á la mas madura. Aun aquellos que no se vieron precisados á elegir entre la muerte y la apostasia, permanecieron fieles á la fé de sus padres y la conservaron constantemente en medio de las lágrimas y la esclavitud,

Los comerciantes marseleses no tardaron mucho en expiar su criminal traicion. Tramaron un complot contra Federico, emperador de Alemania, y siendo descubiertos perecieron en el suplicio. El papa Gregorio IX en conmemoracion del naufragio, hizo edificar una iglesia en la isla de San Pedro, instituyendo doce canónigos para que la sirviesen, y mandando enterrar decorosamente los cadáveres que el mar arrojaba á la orilla. En cuanto á los jóvenes cruzados que se quedaron en Francia y sobrevivieron á sus padecimientos, el Santo Padre no quiso dispensarlos de sus votos, y todos tuvieron que cumplir la peregrinacion á Jerusalem en su edad madura, ó conmutar sus votos con limosnas.

Tal fué el resultado de una empresa que ni habia tenido ejemplo hasta entónces, ni despues ha tenido imitadores.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO V.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS EN SOCIEDAD.

ARTICULO III.

DE LAS VISITAS.

SECCION TERCERA.

De la oportunidad de las visitas.

I

Por mas que las visitas expresen amistad y consideracion, y por mas lícitas que sean las que solo tienen por objeto tratar sobre negocios, nos desluciremos completamente, y aun llegaremos á hacernos incómodos, si no elegimos para ellas las oportunidades, dias y horas que la etiqueta establece.

II

Las visitas de negocios se hacen en los dias y horas que cada cual tiene fijados para recibirlas; y á las personas que no han establecido ninguna regla en este punto, á cualquiera hora de los dias de tra-

bajo hasta las cuatro de la tarde, prefiriéndose siempre en lo posible el centro del dia. Solo en casos extraordinarios y urgentes, es lícito hacer visitas de esta especie despues de la comida, por la noche, ó en un dia festivo.

III

Evitemos, en cuanto nos sea posible, visitar á los hombres de negocios, aun para tratar sobre aquellos que sean de su profesion ó industria, y aun á las horas que tengan señaladas para recibir visitas de esta especie, en los dias que sabemos tienen que consagrarse al despacho de su correspondencia.

IV

Cuando tengamos que acercarnos á una persona de respetabilidad con el objeto de hablarle sobre un negocio extraño á su profesion ó industria, y que no haya de ocuparla tan solo por pocos momentos, le dirigiremos previamente un billete en que le pidamos un aplazamiento; y lo mismo haremos con cualquiera persona, sea quien fuere, siempre que la naturaleza del negocio exija una larga conferencia.

V

Si una señora dirige á un caballero el billete que se indica en el párrafo anterior, y éste no tiene un grave inconveniente para acercarse á su casa, debe contestarle anunciándole que tendrá el honor de pasar á ella personalmente, lo cual, si no le es imposible, hará en el mismo dia.

VI

No está admitido hacer visitas de negocios á las personas que acaban de experimentar una desgracia, ó se encuentran por cualquier motivo entregadas al dolor. En tales casos se aguardará á que la persona que sufre éntre de nuevo en sus ordinarias ocupaciones; á no ser que se trate de un asunto que no admita demora y no haya de aumentar su afliccion, pues entónces nos es lícito dirigirnos á ella, haciéndolo, si es posible, por medio de alguno de sus allegados.

VII

Así como debemos hacer prontamente la visita que ha de seguirse á la de presentacion, para indicar de este modo el aprecio que nos merece la amistad que acabamos de contraer (§ XV, seccion segunda), la misma consideracion nos obliga á pagar aquella visita sin demora, bien que no debamos nunca hacerlo en el dia siguiente.

VIII

La visita de presentacion que hace una persona que ha sido presentada por medio de una carta (§ X, seccion cuarta), debe serle pagada á la mayor brevedad, sin que sea impropio que esto se haga al siguiente dia. Y cuando la persona que recibe la carta se anticipe á visitar al presentado (§ X, seccion cuarta), este deberá pagarle su visita en un término que no pase del siguiente dia.

IX

Las visitas de ceremonia que no tienen un dia señalado se hacen dentro de un período que no excede de ocho dias, á contar desde aquel en que ha ocurrido ó ha llegado al conocimiento del funcionario que ha de recibirlas el acontecimiento que las motiva. En los casos en que estas visitas han de pagarse, esto se hace en los quince dias siguientes á la terminacion de aquel período; con excepcion de las que hace un agente diplomático á su llegada (§ IV, seccion segunda), las cuales le son pagadas dentro de un término muy corto.

X

Las visitas de ofrecimiento por haber mudado de estado se hacen en un período de quince dias. Cuando el estado que se toma es el del matrimonio, este período empieza á contarse al terminar los quince y aun los treinta primeros dias que siguen de la ceremonia; y cuando es el estado del sacerdocio, al terminar los ocho primeros dias. La etiqueta de las fa-

milias (§§. 7 y 8, del cap. 1.º) exige, sin embargo, que hagamos en estos casos una participacion anticipada á todos nuestros parientes, la cual podemos hacer extensiva á nuestros mas inmediatos amigos.

XI

En el caso de un matrimonio se observarán las reglas siguientes: 1.ª, despues de los acuerdos y arreglos que deben preceder entre los padres respectivos, y al acercarse el día de la ceremonia, el novio procederá á hacer personalmente la participacion de que habla el párrafo anterior, la cual hará tambien á los parientes mas cercanos de la novia, y á aquellos de los ménos cercanos que estén íntimamente ligados con ella: 2.ª, la novia no hace ninguna participacion anterior: son sus padres los que la hacen, limitándose únicamente á su parentela: 3.ª, el ofrecimiento que se hace despues de la ceremonia á las demás personas, segun el párrafo anterior, se circunscribe á aquellas de las relaciones del novio y de la novia, que hayan de componer su círculo de allí en adelante, el cual forman éstos con entera libertad é independencia, pues el que hasta entónces ha tenido cada uno de los dos se considera de hecho enteramente disuelto.

XII

Tambien queda disuelto el círculo de relaciones amistosas del que entra en el estado del sacerdocio, desde el día de la ceremonia; y los que han de formar su círculo de allí en adelante son exclusivamente aquellos de sus amigos á quienes hace visita de ofrecimiento.

XIII

Segun esto, á ninguno le es lícito visitar mas á las personas que, habiendo tomado uno ú otro estado, omiten hacerlesu visita de ofrecimiento; siendo punto universalmente convenido, en favor del buen orden y armonía de las sociedades, el que semejante exclusion no inspire jamás ningun sentimiento de enemistad ó malevolencia. Son demasiado graves las razones en que está fundada la amplia libertad con que debe proceder bajo este respecto el que toma un estado, para que la sociedad no esté ella misma interesada en despojarla de una odiosidad que, habiendo naturalmente de coartarla, prepararía á todos una multitud de dificultades y de males de grande trascendencia. El que en tales casos procede á escoger de entre sus relaciones aquellas que quiere conservar, tiene siempre en su favor la presuncion de que todas sus exclusiones están fundadas en causas independientes de sus afectos, y por lo tanto distintas de las que pudieran ser mortificantes para los amigos que no trae á su nuevo círculo.

XIV

Cuando las visitas de ofrecimiento son motivadas por el nacimiento de un hijo, ó por haber mudado de habitacion, se hacen todas dentro de los quince primeros dias.

XV

Cuando mudemos de domicilio, tan luego como hayamos arreglado uestra habitacion, procederemos á hacer en los quince dias inmediatos nuestras visitas de ofrecimiento; principiando por las personas con quienes llevemos amistad, y terminando por aquellas con quienes, no teniéndola, deseemos entrar en relacion, á las cuales, en este caso, nos es enteramente lícito ofrecernos.

XVI

Las visitas que tienen por objeto pagar las de ofrecimiento, y que en muchos casos son visitas de felicitacion, se hacen dentro de un período que no excede de quince dias, á contar desde aquel en que se ha recibido la que se paga.

XVII

Cuando una persona hace á otra una visita de ofrecimiento, ya sea en persona ó por tarjeta (§ 1, seccion cuarta), y ésta, ántes de corresponderla, hace á aquella un ofrecimiento cualquiera por tarjeta, la primera conserva el derecho de ser visitada en per-

sona por la segunda, y entre tanto no está en el deber de hacerle visita.

XVIII

Respecto de las visitas de felicitacion, cuando no tienen día señalado, podemos hacerlas desde aquel en que ocurre ó llega á noticia de nuestros amigos, el acontecimiento por el cual hemos de felicitarlos, dentro de un período que no exceda de quince dias.

XIX

No hagamos visitas de cumpleaños cerca de las horas de comer ni por la noche, sino á personas con quienes tengamos una íntima amistad. A tales horas suele haber en las casas reuniones extraordinarias de invitacion, y nos expondríamos á pasar por la pena de encontrarnos en alguna de ellas sin estar convidados, pues por lo general sucede que lo están únicamente las personas de mayor confianza.

XX

Para que nuestros amigos puedan hacernos visita de felicitacion cuando llegemos de un viaje, es indispensable que les demos noticia de nuestro arribo, dirigiéndoles nuestra tarjeta tan luego como estemos ya en disposicion de recibir. Siempre que nuestra ausencia haya sido de corta duracion, haremos únicamente esta participacion á aquellos que hayan recibido de nosotros visita de despedida y nos la hayan pagado.

XXI

Cuando una persona hospeda en su casa á alguno de sus parientes que reside en otro punto, lo participa á aquellos de sus amigos á quienes quiere y le es lícito presentarle, remitiéndoles su tarjeta, á la cual acompaña la de la persona hospedada. Este acto produce una visita de felicitacion, la cual debe hacerse dentro de los ocho dias siguientes.

[Continuará.]

El crimen de lesa majestad.

(FABULA.)

Quiso Neron, emperador de Roma,
Solazarse una vez en grato juego,
Y al ver la gran ciudad, pególe fuego
Como entre chanza y broma.
A la más alta loma
Subió despues, con ojos inflamados
De placer y alegría,
A contemplar la poblacion que ardia
Por los cuatro costados;
Y para hacer su hazafia más completa
Y dar de su placer más testimonio,
Hizo brotar de su alma de demonio
¿Quién lo diria? el estro del poeta,
Cantando al son de la rugienie llama
Que pavesas hacia un pueblo entero,
De Troya el fin cuitado y lastimero,
Ni más ni ménos que inspirado un dia
Doliente lo plañia
Con inmortal laúd el grande Homero.

A quien niegue verdad que es tan notoria,
Debo decir ingénuo y francamente
Que para oprobio de la humana gente,
No es lo que he dicho *Fábula*, es *Historia*.
Entretanto, el cronista se ha olvidado
De añadir, y es extraño tal descuido,
Un episodio entónces ocurrido
Que debo yo contar como hombre honrado;
Y fué, que al contemplar lo que pasaba,
Hubo un romano que encendido en ira,
Quitó á Neron la lira
Con que cantando estaba,
Y haciéndola pedazos contra el suelo,
«¿Así añades, le dijo,
La befa á la maldad, con regocijo
Celebrando de Roma el triste duelo?»

La acción fué osada, la invectiva fuerte;
Y de Neron tratándose irritado,
Decir creo excusado
Que fué el romano condenado á muerte.

Cuál el suplicio fuera
Que decretó contra él la saña fiera
Del ultrajado emperador, es cosa
Que ni en verso ni en prosa
El autor de esta anécdota refiere:
No parece ese auter, sino que quiere
Evitar un relato
Que los cabellos á la gente erice;
Pero si nada de ese asunto dice,
Habla á lo ménos del pregon que fiero
Publicaba un lictor en tal instante;
Pregon declamatorio, horripilante,
Que por curioso trascribirlo quiero.

—«Crímen atroz, decia,
Es el de ese malvado:
Crímen que pide expiacion tremenda;
Crímen de *Lesá Majestad* llamado.
Con ademan osado
Del gran emperador rompió la lira,
Cuando inspirando Génio sin segundo
La hacia excelso resonar, cual nunca
Lira ninguna resonó en el mundo:
Y no contento con romperla impío,
Llevó su desvarío
Hasta el extremo de insultar adusto
Al augusto Neron, el siempre justo,
El divo, sacro, el inmortal, el pío.
Hoy sus respetos quedarán vengados:
Pena igual á la de ese, horrible y fiera,
Al que le imite espera:
¡Escarmentad en él! temblad, malvados!»—

A sermon semejante, el pobre reo
Diz que volvió la faz teñida en grana,
Avergonzado al contemplar cuál iba
La ántes decente, enérgica, expresiva
Elocuencia romana,
Tras lo cual exclamó: «grave mi exceso
Debe sin duda ser, y lo confieso;
Pero si el hecho que mi nombre infama
Crímen de *Lesá Majestad* se llama,
¿Qué diré yo del tuyo, pregonero,
Cuando así adulas cínico y grosero
Al incendiario que la lira toma
Para cantar la destruccion de Roma,
Y de Génio le das el nombre injusto,
Y no contento con llamarle augusto,
Cosa que al fin concibo,
Le titulas á más el siempre justo,
El pío, el sacro, el inmortal, el divo?»—

*Lo demás de esta fábula ó conseja,
A tu prudente discrecion se deja,
¡Oh mi leyente amado!
Mi cuento se ha acabado:
Vé de añadirle tú la moraleja.*

El águila y los lagartos.

[FABULA.]

A un alto monte voló
Un águila, y puesta allí,
Dijo: «¿quién sube hasta aquí,
Sino solamente yo?»—
Mas luego á un lagarto vió
Con otros lagartos viles
Tregar á la cumbre á miles,
Y «ay! exclamó: ¿qué hacen estos?
¿Conque á los más altos puestos
Suben tambien los reptiles?»

El burro leyendo fábulas.

(FABULA.)

Leyó no sé en qué parte
Cierta burro las *Fábulas* de Iriarte,
Y las de Samaniego una por una,
Y las de Campoamor de cabo á rabo,
Y las de Trueba y Hartzenbusch..... y al cabo
No comprendió ninguna.—

*Esto prueba, si mal no lo discurro,
Que come tal vez un disparate
El que se empeña en desasnar al burro.*